

Entre la revolución y la disciplina. Ensayo sobre la dimensión militar de la guerra civil

Gabriel Cardona

Universidad Autónoma de Barcelona

Una guerra clásica

Desde los primeros momentos iniciales de la guerra civil española existió una diferencia cualitativa entre ambos bandos contendientes en el plano militar: los sublevados contaron con un ejército mientras que los republicanos debieron organizarlo prácticamente desde cero, porque la sublevación de la mayor parte del ejército derrumbó las instituciones de la República y permitió el estallido de la revolución.

En poco más de un par de días, el gobierno republicano se encontró sin ejército y sin la mitad de los cuerpos de policía. Su única posibilidad para combatir a los militares rebeldes era entregar armas al pueblo, lo cual sólo se hizo en algunos casos, mientras las masas se apoderaron por su cuenta del armamento custodiado en los cuarteles. Los primeros defensores de la República formaron un heteróclito conjunto de milicianos con restos de fuerzas militares, guardias civiles, guardias de asalto y carabineros, que derrotaron a los rebeldes en algunos puntos y fracasaron en otros. El siguiente problema del gobierno fue conseguir que estas masas armadas aceptaran luchar contra los militares rebeldes de manera disciplinada y acatando las órdenes de los militares leales al gobierno.

Desde el principio, ambos bandos buscaron adaptarse a los métodos y sistemas de la guerra clásica, primero mediante primitivas columnas y después con organizaciones militares mejor estructuradas. Una vez acabada la guerra se ha reivindicado la idea de que los repu-

blicanos, al carecer de un ejército, habrían luchado mejor con una guerra de guerrillas. Lo cierto es que la idea guerrillera sólo fue defendida por escasas personas, entre ellas el célebre capitán Alberto Bayo, que había mandado la expedición catalana a Mallorca y, años más tarde, sería instructor en México de la guerrilla castrista. Estas opiniones no fueron tenidas en cuenta hasta después de la caída de la bolsa republicana del Norte (octubre de 1937), cuando el general Franco ya tenía la guerra virtualmente ganada. El gobierno presidido por el doctor Negrín organizó el XIV Cuerpo de Ejército de Guerrilleros, que no hizo mucho honor a su nombre, porque apenas llevó a cabo algunas acciones de «guerra irregular».

Guerras y guerrillas

La guerrilla es una forma muy antigua de combate que, desde tiempo inmemorial, han utilizado las sociedades campesinas atrasadas para oponerse a los ejércitos organizados que invadían su territorio. Su gran popularidad contemporánea se debe a la lucha que mantuvieron los naturales de ciertas regiones para liberarse de las tropas del Tercer Reich o de los ejércitos colonialistas que ocupaban su territorio.

No fue el caso español, porque la guerra de guerrillas sólo es posible una vez que el enemigo ha ocupado el país y, naturalmente, ningún republicano estaba dispuesto a dejarse invadir para luego convertirse en guerrillero. Por otra parte, en los territorios dominados por los nacionales, la intensa represión de retaguardia impidió cualquier intento de resistencia organizada y los fugitivos que se refugiaron en las montañas sobrevivieron en pésimas condiciones y sin posibilidades de organizar una ofensiva que pusiera seriamente en jaque a las fuerzas enemigas.

En ambos bandos, la guerra se hizo, o al menos se intentó hacer, según los cánones más clásicos. Entre los sublevados porque los militares simplemente impusieron sus criterios y sus conocimientos profesionales. Entre los republicanos porque ni siquiera los anarquistas contaban con otra alternativa. Estos últimos defendían la idea de ser milicianos en vez de soldados, pero luego procuraban seguir los métodos militares de combate. Por otra parte, la dirección de las operaciones republicanas estuvo en manos de militares españoles y

de asesores pertenecientes al Ejército Rojo. Y todos ellos eran conocedores de las doctrinas estratégicas clásicas y partidarios de practicar una guerra tradicional.

No se apostó por la guerra de guerrillas y la gran polémica sobre «hacer la guerra o hacer la revolución» nada tuvo que ver con la hipotética disyuntiva entre librar una guerra clásica o librar una guerra «irregular». Los mismos anarquistas, que han defendido posteriormente la idea guerrillera, carecían de doctrina al respecto y no teorizaron sobre la guerra de guerrillas sino sobre la profundización revolucionaria en su zona, a fin de que el ejemplo incitara al proletariado de la zona nacional a levantarse contra los militares y a unirse a sus hermanos de clase que combatían en la zona republicana.

Voluntad revolucionaria y técnica militar

Los sublevados militarizaron todos sus recursos desde el primer momento. Los numerosos voluntarios falangistas y carlistas reclutados en Navarra, Álava y Castilla la Vieja conservaron sus uniformes, sus cánticos y sus símbolos, pero el general Emilio Mola los colocó inmediatamente bajo las órdenes de oficiales del ejército. El general Franco, por su parte, inició la marcha hacia Madrid con columnas de mercenarios marroquíes y legionarios, con alguna batería servida por soldados, mientras los falangistas se hacían cargo de la represión en retaguardia.

En todas las zonas sublevadas, los generales proclamaron de inmediato el estado de guerra e impusieron una dictadura que, sin discusión posible, sometió a su mando a las fuerzas sociales y políticas y canalizó todos los recursos humanos y materiales hacia el servicio de la guerra. Un decreto del 3 de diciembre de 1936 militarizó a todos los milicianos nacionales, que quedaron sujetos al Código de Justicia Militar y fueron tratados como soldados, incluso con su mismo haber de 3 pesetas diarias.

Desde el primer momento, los sublevados contaron con un conjunto de soldados, guardias civiles y policías uniformados superior a los 100.000 hombres armados y con suficientes mandos profesionales para encuadrarlos y vertebrar los servicios de retaguardia. Al cabo de una semana de guerra, todas las unidades sublevadas superiores a los 30 hombres y muchas de las menores estaban en

manos de militares y al mando de militares. La red de mando quedó rígidamente estructurada por militares africanistas y resultó posible incrementar los efectivos militares hasta donde permitieran la disponibilidad de hombres y armamento, sin que se rompiera la disciplina en sus filas.

Los republicanos estuvieron en desventaja desde el principio a este respecto. Contaban con la mayor parte de la población y del territorio, con las regiones industriales y con las reservas de oro del Banco de España. Pero no sólo les faltaba un ejército, sino los elementos básicos para formarlo y articularlo. Contra lo que parece a simple vista, hasta tuvieron dificultades de reclutamiento para nutrir sus filas combatientes. Espontáneamente, muchos de los trabajadores se apuntaron a la revolución y a las primeras columnas milicianas, hasta que la revolución se convirtió en verdadera guerra y ya no fue suficiente el entusiasmo para abastecer la demanda de hombres. Cuando las dificultades aumentaron, la voluntad sostuvo a muchos hombres en las filas. Otros muchos flaquearon porque no eran soldados sino obreros o campesinos atrapados por los acontecimientos. Un legionario o un soldado de regulares eran mercenarios que cumplían las órdenes de sus sargentos ciegamente y sin pensar en otra cosa. Un miliciano luchaba por su clase, por su revolución y por su proyecto social, pero cuando flaqueaba su ánimo no había una disciplina que lo sujetara y le obligara a seguir combatiendo.

No sólo faltaban hombres, sino también recursos materiales y pertrechos bélicos. En Cataluña había más fusiles en la retaguardia que en el frente de Aragón. Y en la sierra de Guadarrama muchos de los hombres que formaban las milicias abandonaban la trinchera para marcharse a dormir a Madrid o para resolver problemas familiares en la ciudad.

La neta diferencia entre los soldados y los milicianos inclinaba por fuerza la balanza a favor de los rebeldes. El hecho distintivo de los ejércitos es la disciplina que convierte a los hombres libres en soldados. Durante miles de años, los ejércitos han desarrollado dramáticos procedimientos para lograr que los hombres obedezcan a sus jefes y soporten estoicamente el miedo, el hambre, el sueño, los sentimientos de flaqueza y el desánimo. Esta despiadada realidad concuerda con el hecho de que los mecanismos colectivos que dirigen los soldados están adaptados a la guerra porque fueron creados para este fenómeno, que constituye la mayor de las desgracias colectivas.

Pero la guerra también es un producto de la civilización y de la inteligencia humana. Pues, como es bien sabido y comprobado, la inteligencia y la bondad no van necesariamente unidas siempre.

Para ganar la guerra hacen falta conocimientos específicos de táctica y de estrategia. Mover miles de hombres con sus municiones, transportes y pertrechos requiere preparación, organización, adiestramiento y reflexión meditada, cuestiones que, trabajadas durante siglos, han creado esa ciencia terrible que los antiguos llamaron el arte de la guerra. Porque la sola voluntad no gana batallas.

La historiografía revolucionaria magnificó la batalla de Valmy (1792) como la victoria del entusiasmo patriótico francés sobre la rutina del absolutismo prusiano. No es totalmente cierto: el ejército francés de Valmy estuvo mandado por generales acreditados y sus ardorosos voluntarios combatieron mezclados con curtidos soldados profesionales, en una combinación que los franceses llamaron *l'almalgame*.

Una guerra inesperada

La cultura de la necesidad de un ejército regido por la técnica militar se encontraba firmemente arraigada entre las derechas españolas de 1936, acostumbradas desde antaño a tratar con los generales y a confiar su seguridad política en el peso de los sables. Las vivencias y creencias de las izquierdas eran muy distintas, porque jamás habían pensado en hacer la guerra sino en llevar a cabo la revolución liberal, marxista o ácrata y fueron sorprendidas por la guerra. Únicamente el Partido Comunista de España contaba con recursos mentales y políticos belicistas, gracias a las enseñanzas de la revolución bolchevique, la guerra civil rusa, las teorizaciones de Lenin y las experiencias de Trotsky. Durante años, los muchos activistas cualificados del PCE fueron enviados a Moscú para formarse y no sólo recibieron enseñanza revolucionaria, sino también formación militar.

En España, desde que la sublevación militar del 17 de julio de 1936 se convirtió en guerra civil, los generales de ambos bandos, la totalidad de las derechas y el Partido Comunista tuvieron conciencia de que urgía contar con un ejército para combatir y triunfar. En la zona rebelde, para lograrlo bastaba con ampliar los recursos militares disponibles. En la zona republicana fue preciso organizar las fuerzas,

mientras la polémica «Guerra o Revolución» consumía energías durante todo el primer año.

La perspectiva de una militarización repugnaba a muchos antifascistas porque la República había sido agredida precisamente por una sublevación militar. Así se retrasó la organización militar republicana. El gobierno presidido por Francisco Largo Caballero no promulgó el decreto de creación del Ejército Popular de la República hasta el 10 de octubre de 1936 y no aprobó la creación de las Brigadas Internacionales hasta el 22 del mismo mes y año. Para entonces, los sublevados ya habían tomado Badajoz, Talavera de la Reina, San Sebastián, Toledo y estaban a las puertas de la ciudad de Madrid.

El decreto del 10 de octubre no tuvo efectos inmediatos y la militarización de las milicias siguió ritmos e intensidades muy desiguales, retrasándose en muchos casos mientras en otros era sólo superficial. Desde noviembre de 1936 hasta marzo de 1937, el ataque de las fuerzas franquistas sobre Madrid y la defensa de la capital española por los republicanos se desarrollaron en una campaña formada por las batallas de la Casa de Campo, la Ciudad Universitaria, la carretera de La Coruña, el Jarama y Guadalajara. Durante este tiempo de lucha en torno a Madrid progresó la organización del Ejército Popular de la República, pero las únicas unidades capaces de combatir en una operación eran las fuerzas que se habían fogueado en la campaña de Madrid. Durante la batalla de Guadalajara, estas unidades fueron agrupadas en el IV Cuerpo de Ejército bajo el mando del coronel Enrique Jurado, formado por las divisiones del coronel Lacalle, de Enrique Lister (oficial de milicias del PCE), de Cipriano Mera (oficial de milicias de la CNT) y los carros de combate del general Pavlov (asesor soviético).

La iniciativa militar y sus instrumentos

No es lo mismo atacar que defenderse. En la guerra, resulta mucho más difícil atacar porque, moviéndose en el campo de batalla contra un enemigo que se defiende, las unidades y sus apoyos pierden fácilmente su coordinación y contacto. Una ofensiva requiere una compleja combinación de la infantería, la caballería y los carros de combate que deben moverse hacia sus objetivos respectivos, apoyados todos ellos por los fuegos de la artillería y de la aviación que baten

sus propios objetivos, mientras otros servicios evacúan heridos, reponen municiones y materiales y aportan suministros y pertrechos. Todo lo cual, si está mal organizado, conduce al caos y, a la postre, a la derrota.

Los militares sublevados dispusieron inmediatamente de una pequeña masa de maniobra, porque contaban con las bien entrenadas tropas de Marruecos. No eran muy numerosas, pero sus enemigos eran milicianos desorganizados, jornaleros armados de escopetas de caza y restos de fuerzas regulares desaparecidas que apenas podían oponerles resistencia seria y sistemática. Las tropas africanas al mando de Franco lograron llegar imbatidas hasta los límites de Madrid mientras sus enemigos milicianos no conseguían articular ninguna operación, ofensiva o defensiva, con verdadero éxito.

La campaña en torno a la capital española modificó la situación sin que los nacionales (o franquistas) perdieran su ventaja militar. En marzo del año 1937, los republicanos contaban con la pequeña masa de maniobra puesta a las órdenes del coronel Jurado. Mientras tanto, Franco disponía de tres: las tropas fogueadas del frente de Madrid, las brigadas navarras organizadas por Mola en el Norte y los efectivos italianos (el *Corpo di Troppa Voluntarie*) que, aunque habían sido derrotados en Guadalajara, constituían un verdadero cuerpo de ejército moderno, con numerosos vehículos, blindados y artillería.

La aviación también les era favorable. La ayuda aeronáutica que recibían los republicanos llegaba desde la lejana Unión Soviética, con dificultades para formar los pilotos españoles, mientras los aparatos llegaban en piezas que debían montarse en la propia España. En cambio, los aviadores italianos y alemanes que apoyaban a Franco llegaban en vuelo directo desde sus bases, con sus unidades organizadas y completas, mientras los servicios de tierra se habían desplazado en barco con su propio personal, material y municiones. Al finalizar la campaña de Madrid en marzo de 1937, ambas aviaciones podían considerarse virtualmente equivalentes, pero el tiempo jugaba contra los republicanos que reponían con mayor dificultad sus aviones y pilotos perdidos en combate.

Una tarea imposible

Acabada la campaña de Madrid, Franco emprendió en abril de 1937 la ofensiva de Vizcaya como primera parte de lo que iba a

ser la batalla del Norte. El gobierno autónomo vasco, tras el fracaso de su ofensiva de Villarreal, había decidido hacer una guerra defensiva, inspirándose en el éxito de la defensa de Madrid y en las teorías defensivas francesas con su célebre línea Maginot. De modo que en Vizcaya se puso mayor cuidado en fortificar que en crear un ejército eficiente. Sin embargo, las fortificaciones vascas no podían resolver el problema porque el ejército vasco mantenía mucho de la estructura de milicias, las relaciones con el gobierno central eran pésimas y faltaba la aviación, mientras que Franco contaba con fuerzas aéreas numerosas formadas por unidades alemanas, italianas y las españolas que se estaban organizando.

La ruptura de los cinturones fortificados vascos era cuestión de tiempo porque resultaban incapaces de resistir el ataque combinado de la aviación y de la artillería enemigas. Por otra parte, las milicias vascas no estaban fogueadas, su organización era todavía incompleta y el conjunto carecía de mando centralizado y efectivo. Aunque el duro terreno favorecía la estrategia defensiva, los atacantes tenían todas las demás ventajas y no sólo conquistaron Vizcaya (Bilbao fue ocupado el 19 de junio de 1937), sino también Santander (ocupada el 26 de agosto) y Asturias (Gijón cae el 21 de octubre).

En el mes de noviembre de 1937, Franco contaba con numerosas tropas para defender sus frentes, además de una masa de maniobra de seis cuerpos de ejército (el de Navarra, el de Aragón, el de Castilla, el de Galicia, el marroquí y el C1V italiano) que, gracias a la situación central y compacta de sus territorios, podía mover por ferrocarril de un frente a otro. Esta tropa se mantenía disciplinada mediante una escala de mandos muy estructurada y jerarquizada, sometida a la dictadura de Franco y sus generales.

Los republicanos, además de estar divididos políticamente (y, en ocasiones, enfrentados violentamente), necesitaron crear un ejército casi desde la nada y nunca completaron totalmente su propósito. Durante más de un año, fue imposible establecer la unidad de acción estratégica. Los frentes del Norte y el frente de Cataluña ni aceptaron las directrices militares del gobierno republicano ni recibieron de éste la aviación y el armamento que reclamaban.

Cuando, en mayo de 1937, se formó el primer gobierno presidido por el doctor Negrín, el Ejército Popular de la República contaba con unos 600.000 hombres. Sin embargo, su masa de maniobra se limitaba al V Cuerpo de Ejército bajo el mando de Juan Modesto

y al XVIII de Jurado, que llevaron la carga de la batalla de Brunete (6-24 de julio de 1937). En esta ocasión, se demostró que las demás tropas podían defender un frente estáticamente, pero difícilmente eran aptas para maniobrar en campo abierto. Con tropas experimentadas del frente de Madrid, pero menos seleccionadas, se formó el II Cuerpo de Ejército, que fracasó lamentablemente.

Entre el verano de 1937 y el siguiente invierno de 1937-1938, el Ejército Popular desencadenó las ofensivas de Brunete, Belchite y Teruel, siempre con el mismo desarrollo. En los tres casos, el primer ataque republicano, encomendado a tropas escogidas, logró un gran éxito; sin embargo, al cabo de dos o tres días de combatir, el escalón de ataque estaba desgastado, sin que existieran reservas capaces de tomar el relevo y continuar la ofensiva. Mientras tanto, Franco transportaba al lugar de la batalla tropas frescas en ferrocarril mientras su aviación dominaba el cielo. A los pocos días del primer ataque con éxito, la ofensiva republicana se convertía en derrota.

Los problemas de Ejército Popular de la República

Durante los primeros meses del año 1938, el gobierno de Negrín intentó reorganizar sus fuerzas militares. A pesar de la existencia (desde mayo de 1937) del Ministerio de Defensa, el mismo general Vicente Rojo Lluch (nombrado por Negrín jefe del Estado Mayor Central) decía que existían cinco ejércitos republicanos independientes y paralelos: Tierra, Mar, Aire, Carabineros y Seguridad. La intendencia, sanidad y transportes funcionaban sin coordinación y el gobierno trató de unificarlos y de militarizar los puertos, los ferrocarriles y la industria de guerra. Todo lo cual generó graves problemas políticos.

La reorganización militar emprendida por Negrín con el concurso y asesoramiento de Rojo llegaba tarde, porque Franco ya había acumulado demasiadas ventajas decisivas. El Ejército Popular de la República había mejorado considerablemente y sus unidades de maniobra podían medirse honrosamente con las enemigas en el frente de batalla. Sin embargo, la gran masa todavía acusaba graves deficiencias, sobre todo por la escasa calidad de muchos mandos medios e inferiores. La República contaba con generales, pero estaba falta de otros muchos mandos. Militantes y sindicalistas entusiastas se habían convertido

en jefes de batallón o de compama que, a veces, no sabían leer un plano o bien desobedecían las órdenes porque no estaban de acuerdo con la tendencia política del mando superior. Sobre todo faltaban buenos sargentos, capaces de contener, animar y conducir a la tropa en los momentos críticos. También eran escasos los técnicos de estado mayor y, sobre todo, los pilotos de caza, cuyas bajas se reponían difícilmente porque muchos aviadores novatos resultaban derribados en sus primeras salidas. Y las escuelas de pilotos estaban en la lejana Rusia.

Un ejército en operaciones necesita suministros garantizados y el apoyo de una sólida retaguardia. Las armas y municiones llegaban por vía marítima desde la Unión Soviética intermitentemente porque las expediciones dependían de la política de Stalin, de los controles navales del Comité de No Intervención y de la viabilidad de la frontera francesa (abierta o cerrada al tráfico de contrabando según los avatares de la política interior gala). De modo que los vaivenes en el suministro resultaban muy frecuentes y podían faltar armas o municiones en el momento más grave y crítico.

En cuanto a la población civil de retaguardia, estaba desmoralizada por el espectro del hambre, los bombardeos y las sucesivas derrotas militares. Las informaciones procedentes del frente resultaban una sucesión de catástrofes y la conquista de la ciudad de Teruel (7 de enero de 1938), que entusiasmó a la España republicana (fue la única capital de provincia que pasó a manos gubernamentales en toda la guerra), acabó con una verdadera hecatombe. En las comarcas cercanas al frente y en tierras cercanas al Mediterráneo, la aviación franquista se cernía como una amenaza constante e imparable. La población de retaguardia recibía así continuamente la angustia de la población empujada por las pérdidas de territorio. En Cataluña, por ejemplo, sus tres millones de habitantes convivían con un millón de refugiados venidos de otras zonas, aproximadamente. En esas penosas condiciones, difícilmente los soldados del frente podían recibir ánimos y estímulos desde su retaguardia.

La batalla del Ebro (25 de julio-16 de noviembre de 1938) culminó las desgracias militares republicanas. Se desarrolló con la frontera francesa cerrada al paso de material bélico y en una situación de pleno dominio aéreo franquista, con la dificultad añadida de necesitar atravesar un río caudaloso. Como era de esperar, el primer ataque resultó un éxito, pero el escalón de ataque debió combatir durante

tres días sin posibilidad de relevo, con un río a sus espaldas y con el cielo dominado por la aviación enemiga.

Las tradicionales dificultades ya registradas en otras batallas anteriores no tardaron en aparecer y el general Franco trasladó tropas desde otros frentes mientras los republicanos no podían hacerlo porque Cataluña estaba separada físicamente de la zona Centro desde el 14 de abril de 1938 (con la llegada de las tropas franquistas a Vinaroz). Aquella del Ebro fue la mayor batalla jamás librada en la Península Ibérica, duró casi cuatro meses y tuvo las características de un conflicto moderno, con participación de grandes masas artilleras, aviación y carros de combate. Ambos bandos demostraron un gran valor físico, pero los republicanos fueron víctimas de sus deficiencias tradicionales, a pesar de que el Ejército del Ebro era una unidad eficaz, disciplinada, bien armada y, sin duda, la mejor que nunca tuvo el Ejército Popular de la República.

Pasada la primera época del cruce del río y la ofensiva sobre Gandesa, los republicanos se colocaron en defensiva, donde el terreno les daba ventaja, y contuvieron siete ofensivas enemigas, que convirtieron la batalla en un verdadero matadero humano. Al terminar la última de esas ofensivas, lo que quedaba del Ejército del Ebro cruzó de nuevo el río sin que se apercibieran sus enemigos. Pero la capacidad militar de la República estaba agotada después de esa batalla, aunque quedaran miles de soldados en Cataluña y otros 500.000 en la zona Centro. La voluntad del doctor Negrín y los comunistas de seguir luchando se debía a la convicción de que la Segunda Guerra Mundial estaba a punto de empezar. El desarrollo posterior de los acontecimientos demostró que tampoco esa esperanza habría funcionado.

La República había sido agredida por un pronunciamiento militar masivo, que recibió el apoyo de Hitler y Mussolini, mientras las potencias democráticas occidentales se lavaban las manos y el pueblo se defendía con furia. Pero la República no podía derrotar a sus adversarios y no los derrotó, porque, militarmente, tenía la guerra perdida desde el principio. A pesar de todo, su resistencia duró casi tres años.

Bibliografía selecta

- ALPERT, M.: *El ejército republicano en la guerra civil*) París, Ruedo Ibérico, 1977 (2.^a ed. ampliada, Madrid, Siglo XXI, 1989).
- AZAÑA, M.: *Memorias políticas y de guerra*) Madrid, Edascal, 1980.
- AZNAR, M.: *Historia militar de la guerra de España*) 2 vols., Madrid, Editora Nacional, 1958-1963.
- BLANCO ESCOLÁ, C.: *Franco y Rojo. Dos generales para dos Españas*) Barcelona, Labor, 1993.
- *La incompetencia militar de Franco*) Madrid, Alianza, 2000.
- BOLLOTEN, B.: *La guerra civil española: revolución y contrarrevolución*) Madrid, Alianza, 1989.
- CARDONA, G.: *El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil*) Madrid, Siglo XXI, 1983.
- «Las operaciones militares», en TUÑÓN DE LARA, M., Y otros: *La Guerra Civil española. 50 años después*) Barcelona, Labor, 1985, pp. 199-274.
- *La guerra militar*) Madrid, Historia 16, 1996.
- CIUTAT, F.: *Relatos y reflexiones de la guerra de España*) Madrid, Forma, 1978.
- COLODNY, R. G.: *El asedio de Madrid*) París, Ruedo Ibérico, 1970.
- CORDÓN, A.: *Trayectoria*, París, Ebro, 1971.
- HOWSON, G.: *Armas para España. La historia no contada de la guerra civil española*) Barcelona, Península, 2000.
- LOJENDIO, I. M. A. de: *Operaciones militares de la guerra de España*) Barcelona, Montaner y Simón, 1940.
- MARTÍNEZ BANDE, J. M.: *Monografías de la guerra de España*) varios tomos, Madrid, San Martín, 1968-1985.
- MARTÍNEZ REVERTE, J.: *La batalla del Ebro*) Barcelona, Crítica, 2003.
- MODESTO, J.: *Soy del Quinto Regimiento*) París, Ebro, 1969.
- PAYNE, S. G., y TUSSELL, J. (eds.): *La guerra civil. Una nueva visión del conflicto que dividió España*) Madrid, Temas de Hoy, 1996.
- RADOSH, R.; HABECK, M. R., Y SEVOSTIANOV, G. (eds.): *España traicionada. Stalin y la guerra civil española*) Barcelona, Planeta, 2002.
- ROJO LLUCH, V.: *Así fue la defensa de Madrid*) Madrid, Comunidad de Madrid, 1987.
- *¡Alerta los pueblos! Estudio político-militar del período final de la guerra española*) Barcelona, Ariel, 1974.
- SALAS LARRAZABAL, R.: *Historia del Ejército Popular de la República*) Madrid, Editora Nacional, 1973.
- *Los datos exactos de la guerra civil*, Madrid, Rioduero, 1980.
- TAGÜEÑA, M.: *Testimonio de dos guerras*) Barcelona, Planeta, 1978.
- THOMAS, H.: *La Guerra Civil española*) 2 vols., Barcelona, Grijalbo, 1976.

TOGLIATI, P.: *Escritos sobre la guerra de España*, Barcelona, Crítica, 1980.

TUSELL, J.: *Franco en la guerra civil. Una biografía política*, Barcelona, Tusquets, 1988.

VIDARTE, J. S.: *Todos fuimos culpables*, Barcelona, Grijalbo, 1978.

ZUGAZAGOITIA, J.: *Guerra y vicisitudes de los españoles*, París, Librería Española, 1968.

